

Lectura revolucionaria de la Biblia

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTAMOS en tiempo de resurrección. Los católicos —y los cristianos en general— hemos celebrado el recuerdo de ese misterio significativo que se llama la resurrección de nuestro fundador.

Jesús, el Hijo del Hombre, el hombre por excelencia (que eso quiere decir este título), no ha fracasado definitivamente. Su semilla revolucionaria todavía sigue impactando al mundo, a pesar de los cristianos. Todos los días surge de sus cenizas, como el ave Fénix, el mensaje transformador que pronunció el Hijo del Hombre con su vida y con sus palabras. Parece estar este mensaje semi-oculto, como los ojos del Guadiana, pero vuelve a resurgir cuando menos se espera. Una Iglesia rutinaria, burocrática y profesionalizada, que se había hecho monstruosamente teratológica, está a punto de hundirse; pero en pequeños núcleos surge la chispa de aquello que lanzó a los cuatro vientos este gran personaje histórico, que hoy recordamos tras el aparente fracaso de su muerte en la cruz como un malhechor.

La historia viene a ser, como decía Maritain en sus años progresistas: la dignidad del cristianismo, y la indignidad de los cristianos.

Pero parece que a algunos creyentes este título humano, representado en la expresión Hijo del Hombre, molesta; les semeja rebajador de la categoría del autor del Evangelio. Olvidan que en el Nuevo Testamento este nombre tan humano se repite ochenta y dos veces, y que el propio Jesús es el único que se atribuye directamente. Por eso hemos de ahondar en esta denominación, puesto que, si creemos en la fuerza de la Biblia, al ser éste el título que pretendió para sí mismo, tendrá una razón de ser. Un hombre "realización de la más pura y noble humanidad", como dijo Schleiermacher, hace verdad tal denominación, cuyas consecuencias están latentes en la profunda observación de Pascal: "el hombre supera infinitamente al hombre", porque "tan humano sólo podía ser quien descollara por encima de todo lo humano".

El germen vital del Evangelio se notó en los primeros pasos del cristianismo, aunque después la profusión de su organización, del sistema, le ahogó casi totalmente. Engels captó que "el cristianismo es una fase completamente nueva de la evolución religiosa, estando llamado a convertirse en uno de los elementos más

revolucionarios en la historia del espíritu humano". Pero su fuerza se diluyó en la estructura eclesiástica, que aplastó demasiadas veces su vitalidad, de modo que quedó oculto "el espíritu revolucionario democrático del cristianismo primitivo", que le había reconocido Lenin.

Hoy esa llama semi-oculta, empieza a rebrotar en los cristianos que restriegan sus ojos de las telarañas de la rutina conformista que invadió su Iglesia, y aprecian de nuevo la fuerza del mensaje evangélico.

Se empiezan a alimentar, con sorpresa para ellos mismos, de un libro como la Biblia que no tenía más virtualidad que ser una evasión espiritual que les apartaba del mundo y de sus responsabilidades sociales.

Estos cristianos inquietos, entre los que descuellan los "cristianos por el socialismo", descubren que el Evangelio tiene un mensaje —especialmente hoy— de tipo revolucionario. La lectura de la Biblia ya no es un aquietador de conciencias, sino un acicate de acción. Y, por eso, descubren una "lectura revolucionaria de la Biblia".

Si esta lectura se mantiene a nivel realista, y no con interpretaciones salidas del contexto histórico, resulta legítima; y no sólo legítima, sino acertada, aunque la entendamos prolongando, como sabemos, su situación cultural hasta ponerla en consonancia con lo que significaría hoy su mensaje en nuestra civilización.

A fuerza de proponer su palabra sólo los hierofantes del conservadurismo eclesiástico habíamos hecho de sus páginas una aburrida lectura llena de anacronismos sin sentido para el hombre de hoy.

Una nueva lectura limpia, ingenua, sin prejuicios, pero en profundidad, nos descubre ahora lo que ayer estuvo escondido, y hacía tediosas sus páginas porque sólo se entendía con las anteojeras espirituales de predicadores evasionistas de la vida y situados en las nubes.

Isaías, Amós, Miqueas y Oseas —los grandes profetas del pasado— tienen un lenguaje claramente revolucionario, si es que por revolución entendemos lo que decía Lenin: no sólo un cambio violento de gobierno, sino una transformación radical de las estructuras sociales. Los profetas sociales de Israel intentaron "destruir, arrancar, arruinar y asolar", como dice Jeremías. Pero no se quedaron en eso: su labor destructora de estructuras inservibles para el hombre —alienantes del mismo— fue pareja de un anhelo de "levantar, edificar y plantar".

Si combatieron los altares, sacrificios, holocaustos, fiestas y canciones engañosas, fue para recordar que lo necesario es "escuchar su voz", que se resume en la petición del Dios israelita Yahvé: "Lo que yo quiero es amor, y no sacrificios". Amor que pretende la liberación política, social y religiosa del pueblo hebreo. Liberación que no vendrá como caída del cielo, por arte de magia; sino que se nos propone como tarea nuestra: "Liberad al oprimido de manos del opresor", recuerda con énfasis Jeremías.

No hay que confiar por ello en los dirigentes —los gobernantes— al estilo de los que Israel tenía, porque "os habéis vestido con la lana y no habéis apacentado el rebaño"; y porque "lo habéis dominado con violencia y dureza". Han sido unos gobernantes interesados, porque "cuando se les da de comer, piden paz; y cuando no les das de comer, declaran la guerra santa", (Miqueas III, 5).

Materia profunda y serena de reflexión suministran estas palabras, si las aplicamos a nuestra vida y a nuestra Historia reciente. Y si estamos dispuestos, para superarlas, "a no tener miedo, a ser valientes", sin alharacas ni ingenuidades violentas, "con serenidad", (Éxodo, XIV, 13-14).

Con esta lectura de la Biblia, dejará de ser un libro muerto, cerrado, tedioso, y que se cae de las manos. Podrá ser nuevamente un libro de vida que pretende contar las experiencias decisivas de los hombres, hechos que deben ser ejemplo y acicate de transformación humana no sólo individual, sino social.

Adentrándonos en sus páginas con mirada nueva, espontánea, ausente de prejuicios religiosos mixtificadores, descubriremos en ella un pueblo valiente, decidido, aunque lleno de flaquezas. Un pueblo en el que siempre surgen voces que le intentan concienciar, y hacerle salir de su pobre situación esclavizada o rutinaria.

También hoy tenemos voces, si queremos escucharlas, que nos hablan de nuestro país de males económicos, sociales, políticos y religiosos de los que es preciso salir. ¿Cómo? Luchando valiente y serenamente por una sociedad nueva. Por unos "nuevos cielos y nueva tierra", como pedía Isaías hace veintiocho siglos. ■